

LA FUERZA DEL DESTINO

Antonio Bascones

La fuerza del destino

Antonio Bascones

Editado por:
CULTIVA LIBROS
Lantia Publishing S.L.
C/ Méndez Álvaro 18 2ª Pl.
Madrid 28045
España
912049636
www.cultivalibros.com
info@cultivalibros.com

Impreso en España
ISBN: 9788416422579

Segunda Edición: Febrero 2014

Maquetación, diseño y producción: Cultiva Libros
© 2013 Antonio Bascones
© 2013 Cultiva Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

A Consuelo, que me acompaña desde hace tantos años y también lo hizo en este viaje.

Índice

Nota del autor	13
1.....	15
2.....	29
3.....	49
4.....	63
5.....	73
6.....	85
7.....	93
8.....	103
9.....	119
10	125
11	137
12	151
13	163
14	173
15	179
16	199
17	211

18	227
19	235
20	245
21	263
22	275
23	285
24	299
25	303
26	321
28	339
29	359
Epílogo	365

LA FUERZA DEL DESTINO

Nota del autor

Es de destacar que esta novela no tiene intención de marcar un hito histórico ni constituir una bibliografía para los estudiosos; simplemente trata de poner encima de la mesa un periodo convulso de la historia enmarcado en una perspectiva entre el pasado y el presente, en una visión bipolar entre la realidad y la ficción.

Es justo que agradezca su ayuda a todos los historiadores que de una manera u otra me ha aportado con sus escritos información sobre los avatares de los ataques a la ciudad de Cartagena y en especial al Dr. Joaquín Vilorio de la Hoz, Académico Correspondiente de la Academia de Historia Colombiana.

Aunque muchos de los hechos aquí expuestos son verdades, muchas de ellas relativas —pues los historiadores no se ponen de acuerdo en fechas y datos— he expuesto los que he creído más adecuados, y no por eso más exactos.

Ejemplo de ello es que algunos historiadores hablan de la fallida boda del capitán Mosquera con la sobrina del Adelantado, doña Constanza, y otros por el contrario dicen que la doña Constanza que se iba a casar el 25 de julio de 1543 (1544?) era la hermana de don Pedro de Heredia. He preferido escoger la primera teoría. Podría dar otros muchos ejemplos, pero no creo que este sea el lugar

apropiado, por quedar claro que esta novela no trata de entrar en la historia, sino en ese límite entre la realidad y la imaginación; la quimera, la fantasía y el mito toman cuerpo en sus páginas. Por ello, este libro solo trata de participar en la historia en la medida que está a caballo entre la realidad y el misterio.

1

Al atardecer, con un calor insoportable, el aeropuerto de Cartagena de Indias recibió a Luis, dándole a manera de bienvenida un golpe de calor húmedo que le traspasó los poros de la piel, distribuyéndose por todo el cuerpo y llegando a sus mismas entrañas. Lo primero que pudo observar era un trasiego de gentes que iban de uno a otro lado, muchas veces sin sentido, sólo para buscar la sombra que les resguardara del inclemente sol abrasador. Nunca en su vida había tenido esta sensación de insoportable temperatura, donde la falta de aire era la regla y el cansancio la consecuencia.

No tenía mucha idea de cuál sería su itinerario. Se había marcado como plan dejar pasar un tiempo, que quería dedicar a preparar un libro que estaba iniciando sobre la experiencia y el ambiente de una ciudad colonial que había tenido la fortuna, y al mismo tiempo la desgracia, de ser capital de la civilización derivada del descubrimiento de Colón. Lo primero que se le vino a la mente fue aquella famosa frase de Víctor Hugo que dice: «hay hombres desgraciados respecto de sus descubrimientos, ya que Colón no pudo dar su nombre al mundo que descubrió y Guillotín no pudo quitar el suyo a la máquina que inventó». Paradojas de la vida, pensaba mientras recogía las maletas de la cinta transportadora. La salida estuvo marcada por el férreo

control de entrada al país, pues maletas, pasaportes y bolsas de mano eran investigados con especial detalle, máxime en su caso, pues viajaba sólo y eso siempre denotaba sospechas. No sabía el porqué, pero la pregunta de rigor era qué es lo que iba a hacer en la ciudad, por qué viajaba solo; parecía obligado viajar con otra persona y si se trataba de una mujer mucho mejor.

Luis no tenía cosa más clara que tratar de pasar un tiempo lo mejor posible, tomando datos para su libro y viviendo el ambiente de Cartagena de manera directa, de forma que lo que en sus páginas escribiera fuera lo más auténtico posible. Tampoco en este momento sabía si escribir una historia actual o si la iba a enmarcar en un período pasado, donde las conquistas y los piratas fueran los verdaderos protagonistas.

Estando en estas reflexiones no se dio cuenta de que se encontraba sentado en un taxi camino del centro de la ciudad y que el taxista le había comentado: «no se preocupe, le llevaré a un hotel que esté en el centro histórico, ya verá que cómodo se encuentra».

No habían transcurrido unos minutos desde que el conductor pronunció esta frase cuando se encontraba frente a las puertas de un hotel de tipo colonial.

—Lo que está viendo enfrente es la Puerta del Reloj—dijo señalando con la mano—, lugar de cita de todos; es la entrada principal a la ciudad histórica que está amurallada. Como puede ver sólo hay unos pasos, aunque debe tomarlos con precaución, los golpes de calor para los que no están acostumbrados son fuertes.

—Muchas gracias por la información, que me será muy útil —le dijo Luis casi sin mirarle a los ojos, mientras buscaba en el bolsillo unos pesos para pagar el trayecto. El precio se le hizo muy barato, por lo que le dio una buena propina.

Afortunadamente, tuvo la precaución de cambiar los euros en el aeropuerto internacional de Bogotá, donde pasó más de tres horas para hacer la conexión.

—Le voy a dejar mi teléfono por si me necesita, mi nombre es Andrés —le dijo mientras sacaba una tarjeta y se la daba con la mejor de sus sonrisas—. Puedo explicarle la historia de la ciudad y llevarle a donde quiera, ya verá cómo le resultaría útil —añadió tratando de atraerle a su negocio.

—Lo tendré en cuenta, no se preocupe. Ahora lo que quiero es descansar. Mañana será otro día.

El mozo del hotel solícito ya se había llevado las maletas a recepción y todo el personal se aprestaba a la bienvenida del nuevo cliente.

—¿Cómo se llama este hotel? —preguntó de una manera inocente, pues hasta este momento no se había percatado de que estaba en la recepción y de que el taxista no le había dicho el nombre. La verdad es que le trajo donde había querido, sin preguntarle el tipo y la localización que deseaba.

—Es el Hotel Monterrey y todos estamos a su disposición y servicio para lo que ordene.

Se trataba de un establecimiento mediano, bien situado en el corazón del centro histórico, nacido de la restauración

de un elegante edificio republicano y que por obra del arquitecto Gastón Lelarge fue restaurado a finales del siglo XIX. La entrada principal era pequeña dando al fondo paso a un patio de tipo andaluz, donde servían el desayuno a partir de las siete de la mañana. En el vestíbulo se iniciaba la entrada al comedor, que hacía las veces de bar, pues en la barra, a partir del mediodía, se agolpaban los clientes, degustando los cubalibres y las piñas coladas. En estos días estaban de remodelación, dando brillo al suelo, pintando las paredes, colocando muebles antiguos, con lo que estaba adquiriendo un porte más señorial y sofisticado.

En la parte superior, a la que se accedía hasta el tercer piso por el ascensor, estaba la terraza desde donde se divisaba una bonita vista, en especial al atardecer, pues el resto del día era imposible salir a la misma si no se quería exponer uno a un golpe de calor. La Puerta del Reloj era majestuosa, imponente, con sus tres accesos, el central y los dos laterales. El sol de la tarde perfilaba la luz sobre los tejados de las casas y al fondo, la Torre del Reloj se erguía orgullosa, dando la orden de entrada a la ciudad como permitiendo o negando el paso a la misma. Era vigía y alarma para los pobladores, como el faro en alta mar para los marineros, la voz que avistando el peligro señalaba quién o quiénes podían entrar o salir de la ciudad. En suma, era el ojo que nunca dormía, la voz que nunca callaba, el cerebro que siempre avizoraba el peligro.

Le dieron una habitación en el cuarto piso; con el ascensor subió al tercero y después tuvo que utilizar las escaleras. No era gran cosa, pero Luis nunca había sido

demasiado exigente. Le pareció muy bien. En ese momento sólo deseaba darse una buena ducha y dormir a pierna suelta. Al día siguiente ya vería lo que hacía.

Los primeros rayos de sol ya avisaban del día que se avecinaba y Luis se preparó a sentir como nunca el calor en su piel. Había dormido sólo unas pocas horas, pero se le antojaban suficientes. Con el desayuno en el estómago y las primeras luces en los ojos, se dirigió a la Puerta del Reloj, pues todo el mundo le comentaba que era lugar de paso, de citas, de comienzo de rutas y paseos y él no iba a ser menos. Nada más entrar en la plaza, a la que se accedía por la puerta principal de la muralla, justo debajo del reloj que impassible miraba el trasiego del ir y venir, se veía los movimientos de las gentes y las continuas fotos de los turistas que como lugar de paso obligado, entraban y salían. Por esta puerta se llegaba a la plaza de los coches donde antiguamente se celebraba el mercado de los esclavos que venían de África. Sin embargo, ahora es el lugar de cita de los coches de caballos, los carruajes que realizan los paseos por la ciudad. Espacio donde las parejas se encontraban a la caída del sol y donde en otro tiempo tenían lugar las luchas y encuentros de espadas y escarceos amorosos. Esta plaza había recibido muchos nombres a lo largo de la historia, como plaza de la Hierba, del Mercado, de los Esclavos y últimamente de los Coches. En ese punto exacto arrancaba la ciudad y moría también. Era el lugar donde se hacía el *check-in* y el *check-out*, donde comenzaba y terminaba cualquier historia de amor, cualquier lance.

En el centro de la plaza se levantaba orgullosa la estatua de don Pedro de Heredia, fundador de la ciudad en 1533. Toda ella estaba rodeada de casas solariegas, bellas casonas con majestuosos balcones de madera, que orlaban las fachadas con una pose elegante y porfiadora. Luis recorrió con la vista varias veces, de uno a otro lado, el bello paisaje colonial que se le presentaba y cerrando los ojos trataba de imaginar el pasado, las gentes del lugar, las fiestas que preparaban, la boda de Constanza, la sobrina de don Pedro, que tuvo su festín maldito con la entrada de la piratería el día de Santiago Apóstol. En esta plaza el comercio de los esclavos y la sangre derramada, en la lucha de los piratas con los españoles y los indios, impregnaban sus paredes y muros.

—¿Le interesa comprar un sombrero tipo Panamá?
—interrumpió sus pensamientos un vendedor ambulante.

—No, muchas gracias.

—Lo va a necesitar, amigo. Es un buen precio y no se arrepentirá.

—Quizás más tarde.

—Cuanto antes lo haga, menos calor pasará. Aquí las cosas no son como en su país. ¿De dónde es?

—De España.

—Eso está muy lejos, por lo que hará bien si compra el sombrero, se lo dejo a un buen precio.

Luis ya estaba nervioso por tanta insistencia, pero al mismo tiempo entendía que era una compra práctica y que le podía venir bien.

—Está bien, ¿cuánto es?

—Por ser para usted, al que le tengo mucho aprecio, se lo dejo en cuarenta pesos.

—Le doy treinta, amigo. Creo que está bien pagado.

Luis había aprendido el arte del regateo en sus muchos viajes, sin amilanarse ante la insistencia de nadie, teniendo siempre claro que el precio que debía ofrecer tenía su punto de inflexión, por debajo del cual no había nada que hacer. Así que se hacía necesario mirar a los ojos del vendedor y no equivocarse en lo que se le ofrecía. Era una verdadera técnica que, en sus diversos viajes por Centroamérica, había conocido. Por otro lado, José, su padre, que conocía muy bien Nicaragua, le enseñó a desarrollarla con una verdadera maestría. Había fallecido unos años antes, lo mismo que Amparo, su madre. Se conocieron en Valencia y en un viaje por la ciudad de Granada, en Nicaragua, se hicieron novios. Muchas veces le había relatado la experiencia de Nicaragua y también la de Cinta y José, sus abuelos, que fueron cooperantes de una Organización no gubernamental en Granada hacía más de cuarenta años.

Su padre le contó cómo fue en búsqueda de un pasado, intentando vislumbrar respuestas a cantidad de preguntas que se le planteaban, y cómo sin verse ni desearse, se encontró sumido en una historia de droga y de piratas, que afortunadamente acabó felizmente, arrancando de allí su vida en común con su madre. Aquella fue una gran experiencia, que le contaba junto al fuego en las noches de crudo invierno y que le mantuvo vivo durante muchos años. La presencia de los narcotraficantes, una banda de

malhechores que les persiguieron durante mucho tiempo; el viaje a Honduras, tratando de escudriñar las respuestas a las múltiples preguntas que tenían en la cabeza; el encuentro con un profesor, historiador y hombre culto, que les acompañó en su viaje de regreso a Nicaragua, buscando una respuesta a un jeroglífico que tenía en su poder y por fin, el encuentro de un gran tesoro en una isla apartada del lago de Nicaragua. Todo ello significó muchas aventuras, aprendizajes, nuevas vivencias que marcó a sus padres y que le transmitieron a él, cuando era pequeño. Esto fue el germen que le hizo tomar el avión a Cartagena, tratando si no de revivir la misma experiencia, sí al menos algo que le pudiera servir de base para su novela, pues en la Facultad de Ciencias de la Información de Madrid, donde tomó algunos cursos complementarios, había decidido ser escritor y para ello nada mejor que tener la información de primera mano.

Desgraciadamente los dos fallecieron en un accidente de coche y él, algunos años después, decidió viajar a Colombia, concretamente a Cartagena de Indias, con la idea de tomar datos para escribir una novela, donde quedara reflejada la influencia de la civilización española y la de los piratas. Había estudiado también Derecho, pero su gran afición era la literatura y la historia, por lo que pensó que unir ambas en maridaje sería una interesante faceta en su vida. Ni corto ni perezoso no se lo pensó dos veces y puso tierra y mar por medio y ahora estaba allí, en la mitad de la plaza de los Coches, intentando tomar nota mental de cada esquina, calleja y plazuela, imaginando los desafíos y las

espadas que se cruzaban en el aire y a veces encontraban un cuerpo en su camino.

Andando sin rumbo recabó en la plaza de la Aduana, la más grande del casco antiguo, presidida por la estatua de Cristóbal Colón. En la época colonial estaban ubicadas en esta plaza las oficinas administrativas así como la casa de don Pedro de Heredia. El flanco lo ocupa el edificio de la Alcaldía, y cercano a él, ya en la plaza de San Pedro Claver se encuentra el Museo de Arte Moderno, con una exposición permanente de esculturas en chatarra representando oficios diferentes. En el centro, mayestáticamente, se erguía la figura de este santo, defensor de los derechos de los esclavos. En la misma plaza, la iglesia que lleva este nombre, donde reposan sus restos en una urna en el altar mayor. La majestuosidad de las cúpulas hacía posible que se vieran desde muchos lugares de la ciudad. Era también lugar de encuentro de culturas y de personas.

Luis disfrutaba de este paseo, perdiéndose entre las gentes, comentando con unos y con otros acerca de la historia, tratando de no comprar nada más que lo necesario. Con la adquisición del sombrero que le defendía de las inclemencias solariegas, de momento, ya estaba bien.

—¿Cuánto cuesta el paseo en el coche de caballos?

—Por ser usted le cobraré sólo cincuenta pesos.

—Le doy cuarenta —contestó Luis al mismo tiempo que se subía al pescante.

—Está bien, me ha caído simpático.

El paseo, a pesar de que el sol estaba azotando fuertemente, era de una belleza indescriptible, sirviendo inconscientemente para que Luis fuera anotando en su mente y a veces en un cuaderno que al efecto llevaba, cualquier pequeño detalle, por nimio que fuera. De esta manera a su vuelta, pensaba, podría pergeñar alguna historia que enmarcase la vida colonial de la época con los ataques de los piratas y corsarios que infestaban el mar Caribe y todas sus costas.

A sus ojos fueron pasando los portones y gruesos muros de las casas señoriales, los conventos, claustros y patios, así como los balcones corridos, que a partir del segundo piso de las casas orlaban su arquitectura al mismo tiempo que dificultaban el asalto a las mismas. Junto al Museo Naval, encontró la estatua de la india Catalina.

—Esta india proviene de Santo Domingo, capturada por don Alonso de Ojeda y educada por don Diego Nicuesa, que le enseñó el castellano, lo que la hizo acreedora del cargo de intérprete de don Pedro de Heredia —señalaba el cochero a la escultura, que enhiesta miraba orgullosa al horizonte—. Tenía sólo veinticinco años —continuaba con su explicación—. *Una india llamada Catalina/desde Santo Domingo se traía/era de Zamba, pueblo que confina/con los que viven en esta bahía/En lengua castellana muy ladina/y que destas gentes entendía/la cual desde esta costa llevó presa,/siendo muchacha, Diego Nicuesa* —terminó su alegato orgulloso el palafrenero.

—Muy interesante —concluyó Luis, para quien todas estas informaciones no eran nada más que datos que

enriquecerían su libro, que poco a poco iba conformando, entre plazas y callejuelas.

—Deberá saber —añadió el cochero— que don Pedro de Heredia, la estatua que estaba en la plaza donde tomó el coche, que esta ciudad se fundó a partir de los frágiles bohíos caribes de *Kar-Mai-Ri* (Calamari) sin imaginar que pasados los años sería despensa de las riquezas del Nuevo Mundo.

Luis pensaba que mientras en la Europa medieval se construían catedrales para preservar las almas, en esta parte del mundo se edificaban murallas y fortificaciones para mantener a salvo las riquezas, oro, esmeraldas y perlas, lo que no siempre se consiguió. Eran las contradicciones del destino. El objetivo en el Medioevo fueron las almas; aquí la riqueza y la defensa ante los piratas y corsarios.

—Pedro de Heredia, El Adelantado, edificó la ciudad en el asentamiento pesquero de los indios turbacos, en Calamarí, una hermosa bahía con dos entradas separadas por la isla de Tierrabomba. La entrada mayor se llamó Bocagrande y la otra, por su tamaño, Bocachica —continuaba con la explicación pormenorizada que a Luis le sabía a gloria, pues era como una esponja tratando de absorber la máxima cantidad de conocimientos.

El carruaje se insinuaba en este momento por unas callejuelas estrechas facilitando estrictamente el paso del mismo y quizás a una persona, a cada lado de la calle, que debía colocarse junto al muro para no ser arrollada por el caballo. Sin embargo, la lentitud de las personas hacía fácil caminar entre coches y caballos.

—Allí está el convento de Santo Domingo —señalaba el cochero—, uno de los lugares más emblemáticos de la ciudad. Actualmente es la sede del Centro de Formación de la Cooperación Española.

Casi sin darse cuenta llegaron al parque de Bolívar, donde en medio de la espesa vegetación de la plaza, se yergue orgullosa la estatua de Simón Bolívar. En cada una de sus esquinas una fuente da frescura al ambiente.

—En uno de los flancos se encuentra el Palacio de la Inquisición —señalaba el conductor, orgulloso de conocer la historia de Cartagena—. Como podrá observar el poder del Santo Oficio de otra época era importante. Su estilo es barroco. Afortunadamente esto ya pasó y ahora es la sede del Museo Histórico de Cartagena —afirmó tajante, al mismo tiempo que obligaba a los caballos a hacer una parada técnica.

En estos paseos, bien en carruaje bien andando, Luis pasó todo el día tratando de encontrarse con el pasado. Imaginaba a las doncellas hilando en los balcones y patios de las casas solariegas, a los caballeros peleando con la espada y la daga en sendos lances originados por amores no comprendidos o bien compartidos con otros caballeros de su mismo porte. A veces las luchas eran por la faltriquera y los dineros, pues en aquella época los doblones de oro circulaban con una alegría desmedida y la codicia era mala compañera de las gentes. Problemas de bragueta y bolsillo, diríamos hoy día en lenguaje un tanto procaz. Luis pasó gran parte del día entre estos pensamientos y los paseos por las calles que se cruzaban en un jeroglífico urbano.

—Me voy a bajar en la esquina de esa calle —gritó al cochero, pues con tanto ruido era necesario hablar alto para hacerse oír.

—Esa es la plaza del Claustro de Santo Domingo, una de las más típicas y lugar de cita para muchas personas. Es una buena decisión bajarse aquí.

—Espero que nos veamos en otra ocasión, pues estaré aquí cierto tiempo. Esta ciudad me seduce y creo que pasaré una buena temporada. A propósito, quiero ir mañana a las islas del Rosario, ¿qué debo hacer?

—Tiene que tomar la lancha rápida en el muelle que sale a las ocho de la mañana. El viaje dura unas dos horas y le dejará donde quiera. Le aconsejo que vaya a la isla grande, que es la mejor; hay un pequeño *resort* llamado Cocoliso que le encantará. Allí puede pasar un par de noches.

—Me parece muy buena idea. Trataré de seguir sus consejos. A la vuelta le buscaré y le contaré cómo me ha ido. De todas maneras este paseo lo quiero repetir por el otro lado de la ciudad. Estoy seguro que también me enamorará.

—Si le ha enamorado la ciudad ya verá lo que le pasa cuando conozca a una bella cartagenera. Son dulces y amorosas.

—No es lo que busco —afirmó Luis escuetamente, al mismo tiempo que se bajaba del pescante.

—A propósito, no me dijo su nombre. El mío es Luis.

—Me llamo Andrés, para servirle. Aquí tiene un amigo —le dijo, al tiempo que se agachaba para darle la mano en señal de amistad—, para lo que desee y se sirva.

Era el segundo Andrés que se encontraba en sólo unas horas y los dos eran conductores, uno de taxi y otro de coches de caballos.

Ya Luis se alejaba lentamente ante la atenta mirada del cochero, extrañado por haber conocido a una persona que venía a la ciudad sin una idea prefijada y que se movía solitario y sin acompañamiento.

—Bueno —dijo con una sonrisa pícaro—. Qué poco tiempo le queda de estar solo, pronto encontrará compañía. Y entonces sabrá lo que es bueno —le gritaba aún a sabiendas de que había doblado la esquina y no le podía oír.

2

Las primeras luces indicaron a Luis que debía prepararse para tomar el barco e ir a las islas del Rosario. Inconscientemente miró el reloj. No eran más de las seis de la mañana, pero según le dijo el cochero, el barco salía a las ocho, por lo que sólo disponía de dos horas para dejar la maleta preparada en el hotel, ya que pensaba que iría a la isla sólo con una mochila y lo más imprescindible. El tiempo era justo para esto y para tomar el desayuno. Afortunadamente el muelle no distaba más de doscientos metros del hotel, por lo que calculó unos quince minutos a un paso lento. Con esas temperaturas era imposible caminar deprisa.

En el muelle los vendedores ambulantes se mezclaban entre los turistas para venderles cualquier cosa, cachivaches, abalorios, collares, escaupines para las piedras, sombrillas para el sol... Todo era vendible a cambio de unos pesos. Las botellas de agua mineral, a esa hora, ya circulaban por todas partes. Los enamorados se aprestaban, sin recato, a pasar un fin de semana inolvidable o incluso sólo el día, pero era suficiente. Cualquier excusa para bañarse en esas aguas famosas por su belleza y lujuriosa placidez.

La barca surcaba rápida la bahía, que se le antojó a Luis de una enorme belleza. La suave brisa le acariciaba la piel y los pensamientos, prestos a brotar, se agolpaban en su

mente de una manera desaforada. Quería encerrar tanta experiencia vivida en un rincón de su cerebro y lo veía imposible. Luis tenía todo el cielo para sí. Era dueño de su destino y sin embargo, por su cabeza, de cuando en cuando, pasaban nubes de zozobras, vestigios de dudas, retazos aislados que sin significar nada le señalaban como un punto en la historia, en el devenir de los siglos. Luis era, sin saberlo, el eslabón perdido que entroncaba el pasado con el presente y en este camino a la isla encontraría la respuesta a la pregunta que durante mucho tiempo le atenazaba.

Las islas del Rosario se encontraban más allá de la isla de Tierrabomba y cerca de la de Barú. Es un Parque Nacional, plagado de corales y playas paradisíacas, con una gran riqueza en manglares.

—Hasta la conquista de los españoles, estas islas fueron habitadas por los indios de la familia Karib, que vivían de la pesca y de los moluscos. Son veintisiete islas —iba relatando el timonel— donde se puede descansar, practicar la pesca submarina y ver los corales. La isla Grande, como su nombre indica, es la mayor, donde las lagunas y los manglares alternan en un vistoso y rico ecosistema.

La llegada al hotel significó para Luis una imagen de honda impresión. Había un pequeño muelle, donde atracó la barca, que daba paso a unas escaleras que le condujeron a la recepción a través de un camino tropical, donde las plantas y varias iguanas que se cruzaron a su paso, se alternaban en un constante y agradable recibimiento.

—Buenos días —dijo a sus espaldas una voz cálida de mujer, al tiempo que le ofrecía una bebida de bienvenida—.

Sea nuestro huésped el tiempo que desee y siéntase como en su casa.

—Muchas gracias —se atrevió a balbucir con una cierta timidez, ya que tanta amabilidad se le antojaba, si no dulzona, al menos excesivamente empalagosa, pero era la costumbre del lugar y debía ser agradable con ellos.

—¿Cuántos días se quedará? —le preguntó el recepcionista, enmarcando una sonrisa amplia.

—Creo que como primera experiencia en estas islas, me quedaré tres o cuatro noches. Según vayan avanzando los días, se lo confirmaré.

—Ya verá como se queda todo el tiempo que pueda y tenga libre. Este es un lugar de encanto que le enamorará. Encontrará preguntas, vestigios del pasado y jeroglíficos que nunca se había planteado y, ahora es posible que lo haga.

Cuán lejos estaba Luis de comprender estas palabras y cuán lejos el recepcionista al pronunciarlas. El tiempo pondría las cosas en su sitio, pero las frases pronunciadas por el encargado estuvieron retumbando en sus oídos todo el tiempo que seguía al mozo hacia su habitación. Era como si un halo de misterio le hubiera envuelto nada más llegar, donde se mezclaba la magia, el enamoramiento del lugar y algo evanescente que flotaba en el ambiente. Ya nunca pudo librarse de este arcano. Le perseguiría toda su vida.

Se dirigió con bañador, toalla, zapatillas y un libro al pequeño malecón que, delante del hotel, se enfrentaba al mar abierto, donde el silencio sólo se interrumpía por el vaivén de las olas a manera de bisbiseo suave y cadencioso

remedando la caricia de la brisa en las hojas de los árboles. El choque de las olas ponía una nota de misterio en aquella mañana, que le había recibido con todo el halo de magia y efluvio ribeteado de notas musicales. Era la quintaesencia de la quimera.

Junto a él, en una hamaca separada no más de unos metros, se encontraba una mujer de unos treinta años, con un libro entre las manos y toda su belleza desparramada ubérrimamente por su cuerpo, en un auténtico juego mirífico que contrastaba con el espléndido color de las aguas. Luis, con una ligera mirada, percibió unas notas de tristeza en sus ojos, que enfrentaban con la alegría que desprendía el mar a esas horas de la mañana.

—Buenos días —le dijo al tiempo que colocaba su toalla cuidadosamente en la hamaca.

—Hola, ¿qué tal está?

—Pues qué quiere que le diga, con este mar, este sol y una piña colada que voy a pedir ahora mismo —dijo mirando al camarero que solícito se le acercaba.

—¿Qué se le ofrece? —le preguntó con una sonrisa natural nada forzada.

—Tráigame una piña colada bien servida de ron. A propósito ¿desea que le pida algo? —dijo a su acompañante de la que no conocía ni tan siquiera el nombre.

—Tomaría lo mismo que usted —contestó con un cierto arrobo.

—Pues ya lo ha oído, dos piñas coladas —y que sea lo que Dios quiera, pensó Luis, al tiempo que se sentaba en la

hamaca colocándose algo más cerca de su extraña acompañante.

—Yo no tengo costumbre de tomar nada con desconocidos —dijo la mujer, al tiempo que le tendía la mano con su mejor sonrisa—. Mi nombre es Catalina.

—Yo tampoco —contestó perdiendo la vergüenza, mientras se acercaba y le daba un beso en la mejilla que a ella le pareció excitante—. Me llamo Luis y soy de España.

Las olas, junto con una música dulzona que se evaporaba en el ambiente, al mismo tiempo que notas olorosas se expandían por doquier e invadían la calma y la quietud, rompían el silencio de una manera obscena. La obscenidad era lo que menos podía acompañar a Luis en ese momento, ante el cuadro que tenía ante sí. Era de una sublime belleza y de un carismático entronque con el pasado. Catalina a su lado, las olas acariciando el malecón, la brisa y las notas musicales daban un retazo de espiritualidad e intemporalidad al momento. Una escena llena de magia. Con un pincel en la mano sería imposible pintar este cuadro de una manera objetiva ya que se perdería en el tiempo y en el espacio.

Catalina, lejos de los pensamientos de Luis, de una manera más prosaica, pensaba que este encuentro tan casual no podía ser algo baladí y que tendría alguna significación. Cerró los ojos y su mente voló a su casa de Cartagena. Era una casa colonial, con un gran patio cubierto de plantas y un balcón corrido en el segundo piso, cubierto de flores, cercano al Claustro de la Merced. Acababa de separarse de su marido, con el que estuvo casada no más de dos años,

hasta que la bebida y las mujeres le hicieron perder la razón y el norte. No tuvo más remedio que tomar esta decisión, pues ya llevaba cerca de un año dándole vueltas y hacía tan sólo dos semanas rellenó los papeles del divorcio y tomando el barco, trató de poner agua de por medio para evadirse de sus problemas. Por otro lado, en la última semana, su médico le había informado de un infausto diagnóstico con pocos meses de vida. Tenía que reflexionar sobre su corto futuro.

—Hace un día precioso. ¿Así que viene de España? ¿Y con qué objeto? —hizo la pregunta utilizando los términos más apropiados a la situación.

—Pues nada concreto, conocer esta parte del mundo, quién sabe si escribir una novela, pero sobre todo vivir y experimentar.

—Muy interesante, me parece original su planteamiento —dijo Catalina, dejando escapar una sonrisa al llegar a esta parte de la conversación.

—La verdad, no lo hice porque fuera más o menos interesante. Mi idea era conocer experiencias diferentes.

—Le comprendo, a veces uno tiene la necesidad también de seguir estas proyecciones —contestó enmarcando de nuevo una leve sonrisa, quizás al pensar las razones por las que ella se había decidido a venir a esta isla solitaria y alejada de su casa.

—Me voy a dar un baño. Me pondré los escaarpines, que me aconsejaron en el muelle que comprara, ya que el suelo está lleno de guijarros y corales secos que molestan al andar en el mar.

—Ha sido un buen consejo el que le han dado, yo tengo siempre a mano los míos, pues no puedo soportar andar en el agua sin ellos.

El silencio de nuevo se interpuso entre ambos. Hasta este momento eran preguntas y respuestas intrascendentes, sin otro objetivo que conocerse en un cuerpo a cuerpo y saber quién y cómo era el contrincante. Más adelante verían si seguían como contrincantes o la situación trocaba en algo diferente.

A la primera piña colada siguió otra y otra y cuando ya llevaban varias en el cuerpo, decidieron bañarse en la piscina. El agua, de una temperatura más caliente que fría, era un bálsamo tonificante más que estimulante. En el bar de la piscina terminaron la mañana con otra nueva piña colada. Curiosamente era la bebida preferida de ambos.

—Creo que es la hora del almuerzo. ¿Quieres comer conmigo? —preguntó Catalina, cuando lo natural, «¿qué es lo que era natural?», pensó Luis, sería que la pregunta la hubiera hecho él.

—Será para mí muy agradable —contestó enmarcando una amplia sonrisa.

La comida transcurrió de una manera agradable, en un cuerpo a cuerpo menos tirante y más cálido. Estaban ahora sumidos en un plano más íntimo, intentando conocerse, pero mientras que hacía pocas horas este conocimiento se basaba en algo más superficial, el de ahora se desarrollaba en aguas más profundas y quizás más peligrosas. Pero el destino les había hecho coincidir en el mismo lugar del espacio y del tiempo y, ante esta pléyade de casualidades,

no podían cerrar los ojos ni dar la espalda. Lo ignoto estaba ante ellos, debiendo descubrir juntos su futuro. Cuán lejos estaban en este momento de discernir que también tendrían que descubrir el pasado. La fuerza del destino les empujaba uno contra otro.

En la tarde volvieron a ocupar sus hamacas en la soledad del mar. Nadie les rompía el hechizo de la quimera, la magia del destino y la mirada en la lejanía les envolvía con su enamoramiento.

Ahora Luis trataba de describir mentalmente a Catalina, con grandes ojos negros, potentes pómulos y una blanca sonrisa que dejaba entrever dientes blancos, bien alineados, a manera de teclas de piano, que enmarcaban una bella y amplia sonrisa dibujando un contorno armónico, perfilado por unos labios gruesos y bien centrados. Su cuerpo, de contornos suaves en sus curvas, era de agradable tonicidad, de brazos terminados en unas manos finas y alargadas. Sus muslos eran tersos y duros. Todo su cuerpo era de una fina estructura. Lo que más admiraba Luis era la mirada serena y la amplia sonrisa que dejaba traslucir una mente limpia y diáfana. Tenía la belleza del Caribe, pensó, la aportación de la colonización española a la globalización.

Lo que no podía imaginar Luis es que al mismo tiempo que él trataba en su cabeza de definir a Catalina, ella en contrapartida, ya le había descrito en la comida, en el momento en que él se levantó unos minutos para lavarse las manos.

Ambos estaban influidos el uno por el otro y el ambiente les sedujo a los dos al mismo tiempo.

Una suave bruma de languidez les invadió, ante un cielo azul intenso y una brisa que acariciaba la piel, con un horizonte desvaído y desdibujado por la languidez del momento, les hizo cerrar los ojos al mismo tiempo y dejarse invadir por bellos sueños, que eran diferentes en ambos.

Luis trataba de pensar en su acompañante y en el significado que tendría el haberse conocido allí, a tantas leguas de distancia de la tierra firme y también de su casa en España. Qué es lo que le plantearía el futuro y cuál sería su proyección personal en esta experiencia que se le presentaba ante sus ojos. Era una sinfonía de preguntas y respuestas.

Por otro lado, Catalina pensaba en su vida anterior, en las razones por las que estaba ahora allí y cuál sería el final de este encuentro. No podía ser sólo casual, tendría que haber alguna razón por la que Luis se interpuso en su camino, encontrándose ahora tan cerca, que con sólo estirar el brazo, y las ganas no le faltaban, podía tocar su cuerpo desmadejado en la hamaca. Optó porque el tiempo huyese al horizonte y que sus ojos entreverados se cerrasen en un duermevela, en sueño liviano que le hizo levitar.

Pasó el tiempo y los ojos de ambos se abrieron al unísono en un simulacro de volver al contacto mutuo y ante las notas musicales del doctor Zhivago y Zorba el griego que se derretían en el ambiente, sus mentes estaban más cercanas en un juego de plenitud y serenidad, que les hacía cada vez estar más envueltos en un misticismo entre el pasado y el presente, en un jeroglífico inmarcesible y desconocido.